

“Nacionalismo en la Academia frente a la Guerra de Aniquilación en Gaza”, Prof. David Harel, Presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Israel, 9.9.2025

Introducción

En las últimas veinticuatro horas hemos visto otro repunte insoportable de violencia. Ayer mismo hablábamos de la proliferación de armas en el espacio público, y hoy tenemos seis personas asesinadas en un atentado cerca de Ramot. Decenas de palestinos han muerto por bombardeos, por hambre y por incendios en los centros de distribución de ayuda del GHF. No sabemos nada del destino de los cautivos. Cientos de miles de personas en Gaza han recibido nuevas órdenes de evacuación y han empezado, otra vez, ese proceso tan duro de desplazamiento —ya hemos perdido la cuenta de cuántas veces. Hace dos semanas escuchamos a Nawa Al-Masri contarnos cómo tuvo que huir con su hija recién nacida. Uno de los barcos de la flotilla hacia Gaza fue atacado en Túnez con una bomba de iluminación. Y también en Cisjordania continúan los pogromos y la limpieza étnica de los que son parte. No se ve un final ni un respiro en el horizonte; al contrario. Estamos ante una descomposición moral y general absoluta. ¿Qué lugar ocupamos nosotros frente a todo esto? ¿Qué responsabilidad tiene la academia israelí ante esta destrucción, ante esta aniquilación? ¿Qué podemos, o debemos, hacer?

Para debatir estas preguntas, hablaremos con una de las figuras más destacadas de nuestra academia, sin duda la voz más clara y experimentada en estos días: el profesor David Harel, científico de la computación y presidente de la Academia Israelí de Ciencias y Humanidades.

Gracias, David, por venir, por sacar tiempo para hablar con nosotros. Les recuerdo que el profesor Harel hablará durante unos ocho minutos, y después dejaremos un espacio para un breve debate. Quien quiera hacer una pregunta puede escribirla en el chat, y yo se la leeré a David después de su intervención. Gracias, David.

Conferencia

Gracias, Ayelet. Hola a todos. Ayelet ha hablado muy rápido, yo hablaré aún más rápido, porque ocho minutos no es mucho. Así que solo unos cuantos datos básicos, que ni siquiera haría falta mencionar, pero para entrar en contexto: lo que está ocurriendo en Gaza es inaceptable, insoportable, espantoso y terrible. La verdad es que esto también es válido para lo que ocurre en los Territorios en las últimas semanas. Y quizá pronto volvamos a tener un incidente con Irán.

Me encuentro aquí, sentado en mi despacho en el Instituto Weizmann. Detrás de mí pueden ver una ventana tapiada con madera; aquí hay otra que no lo está; y aquí pueden ver que no hay techo. Mi edificio no fue alcanzado directamente por un misil iraní, pero a veinte o treinta metros de estas ventanas, otro edificio sí lo fue. El nuestro no se derrumbó y, estructuralmente, está bien, pero las oficinas, casi todas, quedaron completamente destruidas. Y aun así, esto no es nada comparado con lo que podría pasar si volvemos a lanzar otra operación allí.

Todo esto se suma, por supuesto, al golpe institucional y a la ocupación hostil —o los intentos de ocupación hostil— de instituciones culturales y académicas, de los que el

ministro [Yoav] Kish es su principal artífice. Creo que no exagero al decir —al menos esa es mi opinión— que este gobierno no solo está destruyendo el país que tanto amamos, sino que cada día acelera ese proceso. Los golpes que recibimos como ciudadanos no paran de multiplicarse y de agravarse. Y me da miedo pensar en lo que pasará cuando [David] Zini sea nombrado director del Shin Bet.

Hace unas semanas hablé en dos manifestaciones, en dos noches distintas. Hablé sobre “Los Callados S.A.”, como yo los llamo, los que guardan silencio con responsabilidad limitada. Según mi definición, se trata de personas con cargos importantes, con influencia o con capacidad de influir, que callan. Y cuando digo *callan*, no me refiero a que nunca digan algo, sino a que no dicen lo que cualquier persona con un cargo de responsabilidad debería decir: que este gobierno es responsable de lo que está ocurriendo. Que lo que está ocurriendo es terrible, espantoso. Que este gobierno nos está llevando a lugares de los que no podremos salir. Y que debe asumir su responsabilidad y dejar su lugar a otro gobierno mejor que él —como está escrito en el libro de Ester.

Y cuando hablo de “Los Callados, S.A.” no me refiero solo a los que ya son “ex”: no solo a ex-jefes del Mossad, del Shin Bet o a ex-jefes del Estado Mayor, ni a ex-presidentes de universidades o de la Academia de Ciencias, o a antiguos líderes de la *Histadrut* (Federación General de Sindicatos) o ex-comisarios de la policía. También me refiero a quienes están ahora mismo en funciones. Y ahí entra el tema de la *mamlajtiut*, (función de Estado) de la institucionalidad, que pedí incluir en el título de estos ocho minutos. ¿Por qué se espera de mí que actúe con institucionalidad? Porque ocupó un cargo institucional. Y sí, mi cargo es muy, muy institucional. La Academia Nacional Israelí de Ciencias no depende de ningún ministro ni del primer ministro. Sus miembros son elegidos por los propios miembros y miembras de la Academia, y el presidente también es elegido por ellos. La carta de nombramiento formal la firma el presidente del Estado.

Por desgracia, al frente de “Los Callados, S.A.” está el presidente Herzog. Evité criticarlo durante estos años, entre otras cosas porque, en efecto, fue él quien firmó mi nombramiento. Y también porque él no es directamente responsable de lo que está ocurriendo: no es el primer ministro, no puede detener la guerra. Pero sí puede no callar. Y debe no callar. Debe decir las cosas con claridad y firmeza. A veces escribo un discurso para una manifestación y me digo a mí mismo: ¿por qué tengo que ser yo quien dé este discurso? ¿Por qué no lo da él, o alguien como él? Y este llamado me parece fundamental. Quiero compartir algo personal con ustedes.

Cuando fui elegido para este cargo, antes incluso de asumirlo —justo antes de Rosh Hashaná, hace exactamente cuatro años—, las elecciones se habían celebrado casi un año antes, y hubo una oposición enorme, también en la opinión pública. Hubo artículos en *Israel Hayom*, discursos en la Knéset, todo para convencer a Rivlin, que era entonces presidente, y a Herzog, que lo reemplazó semanas después, de que no firmaran mi nombramiento. Porque —decían— “a este izquierdista asqueroso no se le puede permitir presidir un organismo así”. Y yo —no porque buscara el cargo, porque no lo buscaba— dije desde el principio, en la reunión de la Academia cuando se hicieron las elecciones, que me abstendría de cualquier activismo político. Que no firmaría manifiestos, que no escribiría artículos de opinión. Que mis ideas seguirían siendo mis ideas, pero las mantendría al margen.

Pero eso fue antes de que Netanyahu volviera al poder. Hablamos de hace cuatro años. Y poco a poco, con el tiempo, fui despojándome de todas esas capas de institucionalidad, hasta que ya no me quedó ni una. Ya no hay institucionalidad. No lo digo con orgullo, ni para hacerme el valiente. Claro que tengo miedo. Mañana mismo podría recibir una llamada de la policía. Podrían, yo qué sé, inventar cualquier cosa sobre mí, acusarme de algo que jamás hice, y vete tú a demostrar que “no tienes una hermana”, como dice el dicho. Todo puede pasar. Pero ya no tengo frenos. Hablo con libertad en el extranjero, me comunico con libertad, doy charlas con libertad, escribo con libertad y digo todo lo que creo que personas en cargos como el mío deben decir.

No critico a personas concretas. Por ejemplo, hay presidentes de universidades —uno que ustedes conocen, Ariel Porat— que están haciendo un trabajo estupendo, y hay otros que no tanto. De verdad no envidio a los presidentes universitarios. Tienen enormes comités de personal encima, donantes, grupos estudiantiles, problemas que yo no tengo. Yo tengo vínculos con academias en el extranjero, y este puesto institucional, y reuniones en el parlamento, etc. Cada cual con lo suyo. Pero mi súplica y mi ruego es: quien tenga algo que decir y esté sentado —o estuvo sentado— en un cargo público o institucional, no debe callar; y quien hoy ocupa un cargo público no puede quedarse en silencio, porque si callamos vamos hacia desastre.

Quiero contarles una anécdota que me relató un colega que visitó la Universidad de Heidelberg hace un tiempo. En el archivo le mostraron, con enorme orgullo, las actas de las reuniones del Senado en las que tres o cuatro catedráticos se pronunciaron contra lo que los nazis empezaban a hacer o a planear. Eso era motivo de orgullo para ellos. Yo quiero que cualquier persona que dirija una institución o ejerza un cargo alto pueda, dentro de cinco, diez, veinte, treinta o cien años, mostrar a sus descendientes que se opuso —unos más, otros menos, con más fuerza o con menos—. Y creo que así debería ser.

Y una última palabra, creo que me quedan treinta segundos: Cuando hablo en el extranjero, que lo hago bastante, no puedo presentarme a defender al país como lo harían nuestros embajadores o ministros de Exterior. Aun así represento a una institución israelí y soy israelí. El método que me funciona, y que recomiendo a quien quiera escucharlo, es dividir con mucho cuidado lo que se oye fuera en tres narrativas: antisemita (es decir, “que desaparezcan los judíos”), antiisraelí o antisionista (es decir, “que desaparezca el Estado de Israel”), y la crítica a lo que hace ahora mismo el Estado —en Gaza, en los territorios, etc., (es decir, “que desaparezca el gobierno actual”). Yo declaro con toda sinceridad y firmeza que estoy dispuesto a luchar hasta la última gota de mi sangre contra las dos primeras, pero que apoyo la tercera. Creo que eso tiene impacto, porque la gente oye a alguien que dice: “No acepto ataques contra los judíos ni contra el Estado, pero sí contra este gobierno”. Yo adopto esa postura con determinación. Bueno, creo que han sido exactamente ocho minutos.

Preguntas y Respuestas

Ayelet: Muchas gracias. Ido escribe: "Gracias por sus palabras claras y contundentes. ¿Podemos pedirle su consejo sobre cómo podemos ir más allá de alzar la voz? ¿Es siquiera posible iniciar el próximo año académico como si todo siguiera con normalidad? ¿Hay alguna forma de detener la práctica a la que nos hemos acostumbrado de la 'pantalla partida'?" Es una expresión que acuñó Nemika Zion,

quien habló aquí hace unas semanas: nuestra existencia, que nos permite seguir con normalidad en una pantalla, y resistir o alzar la voz en la otra pantalla.

David: En cuanto a la primera parte de la pregunta, no envidio a los rectores universitarios. No quiero ni pensar qué haría yo si fuera el presidente del Instituto Weizmann. En cuanto a una huelga general, no es tan sencillo. Desearía de verdad que en algún momento se paralizaran por completo todas las instituciones de educación superior. Pero el problema con esa línea roja es que siempre se va desplazando, y no faltan las promesas del tipo 'si pasa tal cosa, entonces sí...' o 'no es exactamente contra el Tribunal Superior, ellos no dijeron: "no vamos a hacer esto"'. Así que no sé muy bien cómo responder a eso. La 'pantalla partida' es la esquizofrenia clásica de este país.

Como dijo alguien una vez: "Quizás seamos esquizofrénicos, pero al menos nos tenemos los unos a los otros". Así que no sé cómo resolverlo. Si hubiera una huelga general en el país, todos sufriríamos las consecuencias y estaríamos menos en la pantalla de "los negocios como siempre". También en este tema, participo en muchos grupos donde la gente debate la posibilidad de paralizar el país. Pero la vida, a fin de cuentas, continúa. Sin embargo, no creo que haya nadie aquí, que esté viendo esta transmisión, cuya vida hoy sea como lo era antes. Sí, salimos un poco de vacaciones con los nietos, comemos un poco, bebemos un poco, pero creo que todos estamos en una *depresión* colectiva e individual sin precedentes. Al menos desde que tengo memoria.

Ayelet: Yonatan Ronen pregunta: "Recientemente, un gran número de académicos de alto rango renunció a la Asociación para los Estudios de Medio Oriente e Islam, debido a su silencio frente a la destrucción de Gaza. ¿Puede la Academia de Ciencias tomar también una postura sobre el tema?"

David: Les remito a la declaración pública que emití hace exactamente un mes sobre este mismo asunto. Es muy contundente. Y agregaré, con un ápice de orgullo —pero no por el orgullo en sí— que después de que se publicó esa declaración, hubo organismos en el extranjero, incluido uno muy importante llamado *ALLEA* (que agrupa a todas las academias de ciencias de Europa), que emitieron una declaración apoyando palabra por palabra la mía —la nuestra— y la de otros lugares. Justo ayer o anteayer recibimos otra similar de dos organismos más en Alemania. Así que sí, estamos gritando y denunciando. Puedo decirles que, aunque yo no soy una universidad, incluso dentro de la Academia de Ciencias a veces es difícil emitir un comunicado colectivo, digamos del Consejo de la Academia, que sea aceptado por todos. Y de vez en cuando, lo que hago es decir: si el Consejo no puede llegar a un consenso sobre cuán contundente debemos ser al oponernos a algo, entonces lo haré yo solo. Y tampoco dudo en hacerlo.

Ayelet: Nimrod Ben Ze'ev pregunta (y te agradece): "Junto con la exigencia a los altos cargos de no quedarse al margen, nosotros, los profesores junior y en etapas iniciales de nuestra carrera académica, nos encontramos en una crisis profunda. Las preguntas que planteó Ido son críticas. ¿Cómo podemos actuar como colectivo? Es decir, más allá de una huelga, que también podría ser un golpe desde varios frentes, ¿de qué otras maneras podemos actuar, más allá de una huelga?"

David: Todas las preguntas son excelentes, una pregunta realmente brillante. Nuevamente, así como no envidio a los rectores, tampoco envidio a los investigadores en etapas iniciales, por ejemplo antes de obtener la plaza fija. Esto les podría costar la carrera. No puedo recomendarle a una persona así: “Tíralo todo a la basura y lucha. Y que te vaya bien”. Pero, por ejemplo, justo ayer (y quien no lo haya visto puede entrar a Facebook, lo publiqué esta mañana o ayer), el Consejo Científico del Instituto Weizmann —que es algo así como el senado o la asociación de profesores senior, e incluye a todos los catedráticos y también representantes de otros sectores— emitió un comunicado condenando la inanición y la devastación en Gaza. Es muy contundente. Especialmente lo es, si se tiene en cuenta que es un organismo grande que vota por mayoría para emitir algo así. Así que mi conclusión para responder a esta pregunta es: incluso las personas relativamente junior o de nivel intermedio pueden influir en sus comités científicos, sus sindicatos, en las personas que dirigen los organismos de las universidades o los colegios universitarios, para hacer cosas similares. Creo que si de cada universidad o de cada colegio universitario sale un comunicado de este tipo, eso es algo. Es menos que una huelga, pero es algo.

Ayelet: Voy a tomarme la libertad de hacer una pregunta que me ha estado inquietando desde hace mucho tiempo. Sobre la participación de la academia israelí en la destrucción de Gaza, ya sea en investigación o en colaboraciones con el ejército. ¿Cómo lidiamos con esta complicidad nuestra?

David: Justo esta mañana y también ayer di entrevistas a dos periodistas del extranjero y me hicieron esas mismas preguntas. Primero les explico en términos generales que boicotear la ciencia israelí sería, en inglés, “barking up the wrong tree” — o dicho de otro modo, buscar en el objetivo equivocado. En primer lugar, tendría poco efecto aquí dentro, porque este gobierno no piensa como un gobierno que entiende la importancia de proteger la ciencia, la tecnología, la cultura y las humanidades.

Les pongo un ejemplo: Ada Yonath. Lo que hace Ada Yonath no es solo beneficioso para Ichilov o Soroka; sus hallazgos sirven también en el Children’s Hospital de Boston y para cualquier familia en el extranjero. La ciencia es universal y no tiene fronteras. Es una tontería boicotear toda la academia.

Luego vienen las preguntas más duras: “Pero vosotros estáis tan entrelazados con el complejo de defensa y las industrias militares...”. A eso respondo: llevo 45 años en el Instituto Weizmann y, que yo sepa, ni yo ni colegas míos en biología o química hemos trabajado nunca en algo ligado directamente al aparato de seguridad israelí. Ahora bien: si encuentran a algún físico o químico que está desarrollando algo que se puede lanzar mañana sobre Gaza y no les parece ético apoyarlo, no lo apoyen, corten sus subvenciones, no colaboren. Sé que es difícil, pero hay que hacerlo caso por caso.

En cualquier universidad del mundo se hacen trabajos con aplicaciones diversas: por ejemplo, lo que yo hago en ingeniería de software y lenguajes puede servir para un marcapasos o para un coche autónomo, pero también puede usarse en un avión de combate o un misil. ¿Significa eso que no colaboren con nadie? No es tan sencillo. Casi cualquier descubrimiento, incluso en química o biología, puede usarse para el bien o para el mal —la estructura del ADN puede servir para avances médicos o, en manos perversas, para desarrollar toxinas. Así que cortar en bloque no produce gran cosa y tampoco es la solución simple.

Ayelet: ¿Y cuál es nuestra obligación hacia esos colegas que sí sabemos que trabajan en proyectos con aplicaciones militares?

David: Buena pregunta. Volvería a mi mantra: si yo fuera rector —no lo soy— pediría una revisión detallada de aquellos científicos cuyos trabajos parecen servir no solo a necesidades legítimas de defensa sino a fines que queremos rechazar: destrucción, muerte, hambre. Si hay indicios de que cierta investigación hará daño deliberado, ese caso debe examinarse y actuarse en consecuencia. Sí, yo lo haría.

(A continuación, una pregunta de Samdi:) ¿No es ya el actual genocidio en Gaza una línea roja evidente? ¿Por qué esperar sentencias del Tribunal o procesos judiciales?

David: No abogo por esperar. Mi especialidad no es definir qué es genocidio; no doy nombres. Me preguntan: “¿es genocidio?” — yo respondo: miren, vean la televisión, vean lo que ocurre. ¿Les parece aceptable? ¿Les parece bien? 18.000 niños. Hice cuentas: el número de muertos en Gaza es el doble de la población total de todo el consejo regional de Emek Yizrael. El número de niños muertos equivale a la población de Kiryat Tivon, donde vivo parte del tiempo. Es insoportable. Llámenlo como quieran. Pero lo que el Estado de Israel está haciendo, con este gobierno y con el ejército que se proclama “el más moral del mundo”, ya ha traspasado muchas líneas rojas. Cada uno tiene su “línea roja”: algunos dirán “si pasa X, yo hago tal cosa”, otros actuarán de forma distinta. Yo he dejado atrás toda mi postura “institucional”: todos los límites que antes me impedían hablar ya los crucé. Ya no soy diplomático ni institucional en ese sentido.

Ayelet: Has generado mucho debate en el chat; gracias por tu tiempo y por tus palabras.

David: Rápido: veo una pregunta en pantalla. (Sobre los callados...) Esto incluye también a la oposición y a sus dirigentes. Hay excepciones, Ariel Porat es una de ellas, no es blanco/negro, y Yair Golan destaca entre los líderes opositores. Pero yo espero más de ellos: no basta con dar un discurso en un teatro; el líder de la oposición tiene que arrastrar a la gente detrás suyo, como hace un comandante en un batallón. Espero ver a Lapid, a Gantz —siempre con las limitaciones que tengan— liderando una movilización que saque a la mayoría sensata del país a decir “no más”. Esa sería la verdadera acción.

Cierre

David, muchas gracias. Se nos ha acabado el tiempo. Mañana tendremos al abogado Michael Sfard que hablará sobre el paso del “gobierno por la ley” al “gobierno por la fuerza”. Como siempre, nos vemos mañana a las dos en *Eyes on Gaza*. Gracias.